

[Publicado previamente en *Boletín de la Real Academia de la Historia* 153, 1963, 301-305. Editado aquí en versión digital, con la paginación original y sin modificaciones].

El lienzo megalítico del Artemision de Saguntum

Antonio García y Bellido

Señores Académicos:

El que suscribe tiene el honor de exponer ante la Academia lo que sigue:

En el área urbana de Sagunto existe un grandioso muro de impresionantes megalitos, aún visible, en la calle del Sagrario, inmediata a la Iglesia Parroquial. Alzase en los patios zagueros de unas casas cuyas fachadas dan a la calle dicha, lo que explica que haya pasado inadvertido, aunque haya sido más de una vez aludido desde el siglo XVI. La parte hoy visible alcanza una longitud de más de quince metros y una altura que, a veces, pasa bastante de los cuatro. No cabe duda que era parte de un paramento mayor cuyas dimensiones desconocemos por ahora. Probablemente es el revestimiento externo de una terraza cuyo núcleo es de roca virgen. La piedra empleada es la magnífica caliza negra del lugar que forma el poderoso cerro donde se asienta la acrópolis saguntina, la expugnada por Hanníbal. De él se extrajeron los enormes sillares que componen la fábrica de que tratamos. Algunos de ellos pasan del metro y medio de longitud, pero no son raros los que llegan a los 2,40 m., 2,60 y hasta uno hay de 2,75 m. Van a hueso, es decir, en seco y sin argamasa alguna. Su estereotomía es caprichosa. Aunque las caras visibles son, en su mayor parte, cuadriláteros de formas trapeziales y ángulos distintos, hay varias que constituyen polígonos de seis y más lados y, correlativamente, de seis y más ángulos. Lo admirable en estas colosales piezas es su perfecta labra y su exacta

coordinación. Las aristas son rectas y finas concertando entre sí de un modo sumamente cuidado. Es frecuente que las juntas verticales no lo sean de hecho, sino que adopten un sesgo inclinado, en casos muy acentuado. Ello da lugar a que estos sillares presenten, en general, formas romboidales o paralelogramicas. Es tal la variedad de estas colosales piezas y tal su exacto acorde y concierto que el lienzo por ellas formado parece un rompecabezas giganteo. Puede decir —sin salirnos por ello de la verdad objetiva— que pese a sus dimensiones, todos y cada uno de estos sillares hubieron de ser dibujados uno a uno y labrados para ocupar, precisamente, el lugar que hoy tienen. No hay dos sillares iguales cuya colocación fuera indiferente. Todos se labraron ex profeso para su sitio y teniendo en cuenta sus vecinos, a su vez dispares. Todos tuvieron, pues, un destino intransferible. Nota característica de tal despieceo es la presencia de ripios rectangulares, cuadrados o romboidales, que parecen puro capricho, pues se insertan arbitrariamente, al parecer, en ángulos y juntas como si fueran tacos de madera. Parecen discretos remiendos de desconchados, roturas o irregularidades de la piedra (poros u oquedades).

Aunque el lienzo mural saguntino se aparejaron unidades desiguales, se ha logrado con ellas un conjunto rítmico bellísimo. Sus piezas se someten a una pauta horizontal que da lugar a una isodomía caprichosa, formada de líneas quebradas. Ni pierde por ello expresión de solidez, como ocurre en el aparejo verdaderamente poligonal, ni tampoco llega a la monotonía que produce (pese a la belleza que nace de la igualdad aliada con el orden) un aparejo isodómico orthostático. Si a esta armonía de variedades unimos la colosalidad de sus piezas y perfección de su talla no parecerá exagerado decir que la fábrica megalítica de Saguntum es uno de los espectáculos más grandiosos y bellos de su género.

Como ya vieron casi todos los que, conociendo el muro, trataron de explicárselo, nada tuvo que ver éste con el recinto de la acrópolis saguntina que cercó y tomó Hanníbal en el 218 antes de J. C. Aquel corría por lo alto del castillo y este se yergue en la ladera oriental del mismo, lejos incluso del teatro, que queda como a unos doscientos metros al O. y cerca del circo cuyas ruinas se ven a orillas del Palancia. Es decir, en el centro de lo que hubo de ser la ciudad antigua, fue la medieval y es la actual. Por

otra parte un aparejo tan esmeradamente trabajado y tan relativamente breve de extensión como éste, invita más bien a suponerlo destinado a otros menesteres que no a obra de carácter militar.

Por fortuna tenemos suficientes elementos de juicio para creer se trata, en efecto, de los restos del famoso Artemision de la ciudad, que Hanníbal respetó cuando en el 218 antes de J. C. inició la segunda guerra púnica con la toma de Sagunto. Plinio el Naturalista nos dice en XVI 216, que en la parte baja de la ciudad, en lo que él llama *infra oppidum*, es decir, al pie de la fortaleza (el actual castillo) existía un templo de Diana que el general púnico se abstuvo de destruir por razones piadosas (*cui pepercit religione inductus*). Plinio debió verlo y recoger allí mismo la tradición de vetustez, de la cual habla también Bocchus llevándola a una mítica fundación de ciertos colonos griegos de la isla de Zákynthos (actual Zante) doscientos años antes de la guerra de Troya. Aunque esta noticia la toma Plinio de Bocchus según declara, lo de los maderos de junípero del viejo templo, aún visibles entonces, debe proceder de autopsia. Pero ello, aunque de gran interés, no ha de entretenernos ahora como tampoco las noticias relacionadas con los pobladores de Ardea, de que se hizo eco también Silio Itálico (I 291 ss.). El problema es complicado y cae fuera de nuestro cometido el cual, empero, puede ser un nuevo argumento para su aclaración. Volvamos a lo del templo de Diana.

En Sagunto, pues, se rendía culto a esta deidad. Ello lo sabemos no sólo por lo que dice Plinio, sino también por el hallazgo de cuatro inscripciones dedicadas a ella (*CIL II 3820-3823*) todas aparecidas en las cercanías de este lugar, pero dos de ellas precisamente sobre el paramento que nos ocupa (*CIL II 3821-22*). Todo induce a pensar, pues, que el lienzo mural objeto de nuestra atención ahora, hubo de ser si no pared del mismo templo sí, al menos, muro de la plataforma o terraza sobre la que se alzara para salvar el fuerte desnivel de la loma, opinión que fue ya mantenida por la mayoría de los que de este templo y tales inscripciones trataran y, entre ellos, Chabret y Hübner, por no citar sino las autoridades más recientes y a las cuales me sumo sin mayores reservas y con argumentos nuevos como los que exhibimos ahora.

Una deidad que los latinos llaman Diana en un ambiente que no es romano —pues Sagunto no lo era todavía en tiempos de las Guerras Hannibálicas—permite sin obstáculo equipararla a su similar griega Artemis, tanto más cuanto que las costas del Este y del S. E. de la Península fueron desde el siglo VII hasta el III inclusive, muy frecuentadas por los griegos como lo demuestran no sólo las factorías comerciales y las colonias aquí fundadas por ellos, sino también y (hasta la saciedad) la cantidad de testimonios arqueológicos de todas clases aparecidos en su litoral y tras-costa. Ellos importaron sus creencias religiosas, entre otras las de Artemis.

Artemis de Ephesos fue, efectivamente, la divinidad tutelar de las colonias jonias de Asia Menor. La narración de cómo los focenses trasladaron su culto a estas colonias de Occidente nos la transmitió Strabon (IV 1, 4) añadiendo al final: "emplearon sus fuerzas militares en crear ciudades destinadas a servir de barrera por la parte de Iberia contra los íberos, a los que comunicaron los ritos de su culto nacional a Artemis ephesía y a los que vemos sacrificar a la manera de los helenos" (*οἷς καὶ τὰ ἱερὰ τῆς Ἐφεσσίας Ἀρτέμιδος παρέδοσαν τὰ πάτρια, ὥστε ἑλληνιστὶ θύειν* Strab. IV 1, 5). En otro lugar el geógrafo griego abunda sobre lo mismo al referirse a Rhode, Emporion (... *κάνταυθα* [sl. *Ῥόδῃ*] *δὲ καὶ ἐν τῷ Ἐμποριῷ τὴν Ἀρτεμιν* Strab. III 4, 8) y Hemeroskopeion, de cuyo templo habla explícitamente añadiendo era muy famoso (*ἔχον ἐπὶ τῇ ἄκρᾳ τῆς Ἐφεσσίας Ἀρτέμιδος ἱερὸν σφόδρα τιμώμενον* Strab. III 4, 6).

Dada la monumentalidad del Artemision de Sagunto, y dada la proximidad de esta localidad al núcleo más activo de las colonias griegas de España, nada podría extrañar que la alusión straboniana al culto rendido por los iberos indígenas a la deidad protectora de los oikístai jonios tuviese su justificación en la existencia de este famoso santuario de Artemis, levantado en Sagunto, culto que, a su vez pudo dar lugar a la leyenda del origen griego de la ciudad.

Sin embargo, no podemos precisar cuándo se fundó el Artemision de Sagunto, pero sí podemos afirmar, por lo que antecede, que existía ya con fama poco antes de la toma de la ciudad por Hanníbal. Es muy probable que su fundación haya ocurrido tiempos antes coincidentes con el momento álgido de las creaciones

coloniales de los jonios en nuestras costas, es decir, hacia el siglo VI. Los estudios comparativos del lienzo megalítico de Sagunto con los similares del resto del Mediterráneo y aun con otros semejantes de la misma Península Ibérica (Olérdola, Cámara sepulcral de Toya) nos llevan fácilmente a una data que puede caer sin torsión alguna en la misma época que postulamos para el Artemision de Saguntum, es decir, siglos V o IV antes de J. C. por centrarnos en un momento en el que tanto las colonias griegas de España como la zona indígena de Levante parece gozaron de más paz y prosperidad ¹.

Por todo lo que antecede me permito proponer a la Real Academia de la Historia recabe de la superioridad la declaración de Monumento histórico-artístico en favor del lienzo mural megalítico que aún se alza en las inmediaciones de la Calle del Sagrario de la ciudad de Sagunto. Pero no obstante esta proposición ha de ser la Academia la que, con mejor criterio, acordará también, lo más conveniente.

Madrid, octubre de 1963 ².

A. GARCÍA Y BELLIDO.

¹ Sobre todo ello se trata con más extensión en el estudio que saldrá próximamente en las *Madriider Mitteilungen*, al que remitimos en especial para la cuestión de los paralelos entre el muro de Sagunto y sus similares y coetáneos del resto del Mediterráneo.

² Fue declarado Monumento Histórico-Artístico en el Consejo de Ministros del viernes 22 de noviembre de 1963.

